

Colección de Cuentos.

Barbú.



El primer Gorila Escritor.

Barbú nació entre gorilas y el realismo mágico lo bendijo con el don de la escritura. Sin una escuela que lo pudiera educar, Barbú tuvo que domar por sí solo su espíritu salvaje. El contacto con el hombre cambió radicalmente su vida. Con su familia diezmada, Barbú no busca venganza, solo esperanza. Vive ilegalmente en Buenos Aires, Argentina.

www.laguaridadebarbu.com.ar



Índice

Mi Historia. Página 7.

Génesis. Página 16.

Desidia. Página 17.

La Novia. Página 19.

El aire que ella respira. Página 21.

El Pendiente. Página 22.

Gloria. Página 23.

El Beso. Página 25.

Enamorado. Página 26.

El Velorio. Página 28.

Segundas Oportunidades. Página 29.

Microcuento. Página 30.

Si supiera. Página 31.

El Vocero. Página 32.

Una sola palabra. Página 33.

El Hombre de traje Rojo. Página 34.

El Pianista. Página 37.

Italia 90` :Goycochea, La figurita imposible. Página 38.

Haciendo las paces. Página 46.

Insomnio. Página 49.

Adelanto El Narrador. Página 51.

Adelanto La Fuga del Tiempo. Página 53.

Todas las obras Barbú fueron registradas en la Dirección Nacional del Derecho de Autor, Buenos Aires, Argentina.

Mi Historia

Calculo que mi historia empezó a escribirse quince años atrás, cuando mi madre me dio a luz en la república del Congo o en Camerún o quizás Gabón, no sabría especificar cuál es mi país natal. Mis padres no registraron la fecha de mi nacimiento, es más, nosotros nunca recordamos fechas festivas, no nos aferramos a ilusiones porque un nuevo año comienza, como tampoco nos reunimos para compartir la nostalgia o rendir obediencia a personas que no podemos ver, atribuyéndoles poderes absolutos. Nos reducimos a respirar el presente. Nos acomodamos, exclusivamente, al lugar que nos corresponde, convirtiéndonos en devotos admiradores de la naturaleza, disfrutamos sus alimentos y reposamos en sus reconfortantes árboles.

Lamentablemente aquella vida fue distorsionada por la imprudencia de ustedes. Mi corta edad no fue obstáculo para recordar mi primer contacto con el hombre. Eran dos. En el primer instante me asusté, pensé que eran camaleones ya que poseían una piel de distintos colores, fácil de reemplazar por otras. Años más tarde, me enteré que no se trataba de su piel, sino de vestimentas que usaban para abrigarse, protegiéndose de los mosquitos y escondiendo, por vergüenza, las partes destinadas a la reproducción. ¿Vergüenza? Todavía intento en vano experimentar aquel síntoma. En fin, aquellas dos personas, se acercaron con el fin de observarme. En ningún momento quisieron lastimarme. Ni a mis padres, ni a mis tíos, ni a mis primos les molestó su presencia, así que a mí tampoco. De sus bocas emanaban sonidos armoniosos. Al cabo de un rato, comencé a entenderlos, deduciendo que aquellos sonidos no eran otra cosa que un lenguaje, que por cierto, era más complejo que el nuestro. A medida que pasaba más tiempo con ellos, todas mis dudas mutaron en conocimientos.

Fueron diecinueve días y diecinueve noches, que estuvieron con nosotros, por lo menos sus registros lo indican así. Al vigésimo día otros hombres nos visitaron. A diferencia de los anteriores, eran oscuros y cargaban en sus brazos ramas que escupían fuego. A pesar de que eran muy ruidosas, a mí no me atemorizaron. Quería saber qué significaba aquel destello discontinuo que ahuyentaba a toda mi familia. Algunos escaparon de forma tan apresurada que tropezaron fuertemente sin conseguir levantarse. Otros treparon a los árboles buscando que el cielo los ampare, pero fue la tierra la que toleró los sucesivos golpes de sus caídas. Por mi parte permanecía inmóvil, contemplando cómo mi familia enloquecía y cómo los dos seres humanos que nos observaron por

tantos días, de repente dejaron de hacerlo. Decidieron imitarnos, acostándose en la tierra.

Mis sentidos parecían estar ausentes, recién cobraron vida cuando vi a mi madre sacudirse. Fui hacia ella, que yacía boca arriba. Sus párpados continuaban abiertos, pero sus ojos no me miraban. Sus brazos, que estaban extendidos con las palmas de sus manos bien abiertas, no buscaron un abrazo como acostumbraban hacerlo. Ya no advertía más aquella vibración que tan seguro me hacía sentir cuando ella me aprisionaba contra su pecho. En ese momento era muy chico para entender que era lo que había pasado, pero tengo la certeza que segundos antes de que mi padre me alzara, alejándome de ella y de aquellas malvadas ramas, sentí que su presencia solamente estaría en mis recuerdos. Sentí que por más que mi padre me pusiera a salvo, nunca encontraría refugio.

Finalmente varios de nosotros logramos escapar, pero no por nuestras virtudes, sino porque las ramas se cansaron de escupir tanto fuego y porque los hombres parecían estar satisfechos con la hazaña.

A los dos días volvimos allí. Aquel era nuestro lugar, nuestro hogar, que tan cómodos nos hacía sentir. Misteriosamente mi madre, junto a varios de mis tíos y primos, desapareció. También los dos humanos. Solamente hallé lo que uno de ellos cargaba en su espalda. Adentro de eso había muchos objetos novedosos para mí que me entretuvieron un largo rato: un objeto chato que reflejaba mi rostro del mismo modo que lo hacía el agua, algunas ropas, que en ese entonces creía que eran sus pieles, imágenes mías y de mis familiares adheridas en hojas sin forma y acompañadas de otras imágenes vacías pero repletas de dibujos diminutos que se repetían en forma desordenada pero sin que una se encime sobre otra. En fin, muchas cosas las cuales llegué a entender varios años después en mi cautiverio.

Los siguientes años no fueron otra cosa que revivir aquel día nefasto de mi vida. Las malvadas ramas diezmaron mi familia. Además era dificultoso hallar un lugar propicio para vivir ya que los árboles también desaparecían. Ni en los momentos de tranquilidad conseguía paz. Tenía un defecto físico que me marginaba de mis “hermanos”. Mis brazos eran tan largos como mis piernas y mi postura era mucho más erguida que la de ellos. Casi no precisaba usar mis nudillos como apoyo para desplazarme. Eso me hacía lento y débil comparado con mis hermanos. Estos rasgos se evidenciaron durante mi adolescencia. Por eso muchos comenzaron a ignorarme en los cotidianos escapes de los

hombres oscuros o porque no poseía las fuerzas necesarias para trepar hasta lo más alto de un árbol. Inclusive mi padre, que por tanto tiempo me había protegido, optó por la misma e injusta postura. No tenía a nadie que me acicalara la espalda. Nadie con quien columpiarme. Por más que intentara acercarme a ellos, sólo conseguía que se mortificaran más por mí. Únicamente los recuerdos felices de mi madre eran el aliciente para afrontar el destierro que por dentro sentía.

Sin la protección de mi padre, todos pensaron que mi destino estaba escrito. Que los hombres oscuros me llevarían consigo. Sin embargo, me las ingeniaba para escapar, despertando así el orgullo de mi padre porque a pesar de mis defectos físicos, siempre lograba salir adelante, encontrando el atajo adecuado. Mi inteligencia compensaba mis problemas. Por eso volvió a mi lado, para que partiera las cañas de azúcar que él no podía quebrar. Mi padre creía que si mi familia me seguía cuando las ramas escupieran fuego, todos lograríamos escapar. Si yo que tenía defectos físicos conseguía escapar, cómo no lo harían los demás.

Al principio tuvo razón, yo no los defraude. Él se había encargado de convencer al resto que me siguiera. Entonces anticipé las huellas que iban a imprimir los hombres en la tierra. Adiviné sus corazonadas. Por años mantuve a mi grupo vivo. Sólo el Dios del que hablan los hombres, decidía quién vivía y quién no. Comenzaron aceptarme con mis defectos y mis virtudes, aunque lo más importante fue que yo empecé aceptarme a mí mismo. Los defectos los transformé en virtudes perdurando como tales hasta que me convertí en adulto. Cansado de escapar, creía que tenía la suficiente madurez para afrontar la situación que nos venía hostigando desde que tengo memoria.

Había decidido que yo daría las órdenes, manteniéndome alejado del combate. No porque fuera débil comparado con mis hermanos, ya que eso no me privaba de la capacidad de doblegar a cualquier hombre, sino porque no quería mancharme las manos con sangre. No obstante, me equivoqué terriblemente. Al haber comandado los ataques, me ensucié hasta el cuello con sangre, pero mi cabeza se mantuvo limpia como castigo: mis ojos se horrorizaron al ver cómo mis hermanos morían, dejando en mis oídos, gemidos desgarradores.

El inicio de la emboscada fue exitoso, rápidamente redujimos a los hombres oscuros. La naturaleza nos brindó el ambiente ideal. Nos ocultamos tanto que ni siquiera nosotros alcanzábamos a vislumbrarlos, aunque nuestro olfato marcaba la diferencia, presintiendo el miedo que se les escurría por sus mejillas. Además, nuestra sensible

audición percibió como sus indecisos y temerosos pasos los delataban. Los depredadores pasaron a ser los depredados. Gozábamos la victoria golpeando nuestros pechos con los puños. Algunos escaparon, porque nosotros tuvimos piedad cuando clamaron por sus vidas. El terror que se dibujó en sus rostros me enseñó que el acto de arrodillarse juntando las manos a la altura de la cabeza, era un acto de súplica. Ese fue un error imperdonable. Nunca debimos dejarlos en libertad. Volvieron con más hombres, algunos blancos, semejantes a los que conocí antes de que mi madre fuese un recuerdo. Poseían más que malvadas ramas. Traían otros artefactos que yo no conocía. Inclusive había algunos que eran tan grandes que los llevaban tanto por tierra como por aire. A los afortunados, entre los cuales estuvimos mi padre y yo, nos capturó una telaraña gigante que nos elevó por encima de los árboles, alejándonos por siempre de nuestro hogar.

Todos nosotros, vivos y muertos, terminamos en un lugar donde habitaban más hombres. Nos metieron en una cueva que la sellaron con una fila de dientes lo suficientemente largos para que no pudiésemos escapar. Parecía ser una boca gigante que nos masticaba lentamente. Antes del anochecer se acercaron cinco hombres. Tres cargaban en sus brazos una rama y en sus cinturas una liana que sujetaba otra rama, pero estas a diferencia de las otras que eran ruidosas y opacas, eran silenciosas y brillantes. Dos hombres no paraban de intercambiar palabras, que lamentablemente yo no entendía. Suponía que discutían qué hacer con nosotros. Parecían estar en desacuerdo, hasta que uno calló, concediéndole la razón al otro, que con un solo gesto ordenó a las ramas que nos apuntaran. Sabía que iban a rugir y que la muerte era nuestro próximo destino. Tenía que evitarlo. Por eso me aproximé hasta los dientes que nos separaban de ellos, suplicando por mi vida y por la de mi familia de idéntica forma que lo habían hecho algunos de ellos en la selva. Los hombres quedaron estupefactos con mi acto. Había acaparado su atención. Entonces seguí imitándolos logrando que su asombro quedara en el pasado y que las risas fuesen el presente. Me liberaron, pero no hicieron lo mismo con mi familia. Me di cuenta que a ellos no los iban a perdonar. Volví a suplicarles, sin conseguir nada, solamente se detuvieron unos instantes esperando por si alguno de mis hermanos actuaba como lo había hecho yo, pero nadie tenía ese don. Mi padre, tampoco lo tenía. Aunque sabía que si me imitaba se salvaría, optó por comportarse como un gorila.

Varios días después estaba confinado en un reducido espacio, limitado por telarañas rígidas que permitían a curiosos acercarse sin que los lastimara. Fue allí donde me

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

